

y digámosle con el doble sentimiento de la contrición y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, católicos, hagámoslo como hacerse debe, y no tardaremos en escuchar el concierto melodioso de una nueva alianza, sentarnos al festin del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿bastará por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, clamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, católicos, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con sus principios y realizarla con su ministerio; no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad: ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuasiones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al orden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época, conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, católicos, despiden bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del orden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, católicos, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un orden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debia producir el orden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el orden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple orden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad moral, y no encontraron mas que el desconcierto de las pasiones, la oposicion de las máximas, el trastorno consiguiente á los mas abominables vicios: buscaron la unidad social, y no encontraron otra cosa que violentas combinaciones de fuerzas preponderantes, que, cediendo

á su turno á fuerzas mayores, traian la sociedad por una carrera de vicisitudes políticas, segun el viento que dominaba. ¿Qué resultó de todo esto? doctrinas sin símbolo, moral sin código, sociedad sin vínculos: ¿Por qué lo primero? porque no hai símbolo sin dogmatismo instituido, ni es posible un dogmatismo de razon. En efecto: cuánto se propone por la razon á la razon, tiene que sucumbir á los derechos de la razon misma, caer bajo la accion de la disputa, sufrir las consecuencias de la duda, y quedar á merced y arbitrio de una oposicion triunfante. Bien sabeis, católicos, que la verdad no tiene mas que dos caminos, que son las convicciones y las creencias; que las primeras suponen desarrollo y cultivo de las facultades intelectuales, suponen el arte y el ejercicio del discurso, y per tanto, son de suyo excepcionales, y nunca pueden ser el órgano de la verdad hácia la multitud. No quedando, pues, mas arbitrio que la creencia, era necesario prepararla con el reconocimiento de una autoridad infalible, con el hecho de una revelacion incontestable y el medio de un magisterio divino: era necesario que el pueblo supiera sin género de duda que lo que se le enseñaba es la doctrina de Dios, porque la ha revelado, porque ha instituido en la tierra una autoridad decente, y porque esta autoridad es infalible. He aquí por qué la antigüedad pagana jamas logró reunir las persuasiones y las creencias, careció de símbolo dogmático, y no llegó á poseer una razon comun.

Por lo mismo que sus doctrinas no tuvieron símbolo, sus costumbres no tuvieron código. Verdad es que habia leyes, y estas leyes tenian aplicaciones prácticas; pero lo es asimismo que, limitadas al orden puramente externo, porque no podian pasar de aquí, dejaban intactas las regiones inaccesibles del espíritu, eran de todo punto extrañas al hombre interior, el cual, no contando sino con algunas nociones generales sobre el bien y el mal, algunas ideas del deber, escapadas en el naufragio de la lei natural, quedó vendido á las máximas absurdas y contradictorias de una moral versátil desprendida de las escuelas filosóficas, esencialmente anárquica, confundida con los vicios dominantes protegidos por las leyes y aun autorizados por sus dioses. Era necesario que el código de las costumbres reapareciese de nuevo promulgado por Dios á los hombres; y como este código, limitado en aquellos tiempos á solo el pueblo judío, poseedor único del Decálogo, no tuvo una manifestacion universal sino hasta la predicacion del Evangelio, por esto las sociedades gentiles carecieron siempre de código para las costumbres, y no llegaron jamas á la unidad moral.

Destruídos estos dos elementos ¿dónde hallar, católicos, la virtud

maravillosa que identifica en un pensamiento y en un sentimiento comun á muchos individuos y muchos pueblos? ¿Dónde hallar vínculos para las sociedades antiguas, rotos ya los de la inteligencia y el corazon? ¿Dónde encontrar la fuerza bastante para destruir estos obstáculos en un pueblo cuya religion, esencialmente ridícula, era una ironía para los sabios? Ved, pues, católicos, lo que es la simple naturaleza humana sin un régimen divino, lo que es la razon sin autoridad, y por consiguiente, la verdad teórica, práctica y fecunda sin una institucion divina que la enseñe, la aplique y la haga útil á todos los pueblos. Ved asimismo cómo la unidad social es imposible sin la unidad religiosa, bien así como esta no existe ni puede existir fuera de la unidad católica. Habéis visto, con solo esta rápida ojeada sobre el paganismo, toda la impotencia del orden puramente natural para establecer la unidad social con la unidad religiosa. Ved ahora todo el poder del catolicismo en la realizacion de estas grandes obras.

Para establecer y conservar la unidad social se necesitaba destruir todos los elementos capaces de dividir á un pueblo. Las revoluciones civiles, como bien sabéis, comienzan en las opiniones, median en las costumbres y terminan en las armas. Todo reconoce como su primer principio al pensamiento: la razon mueve la voluntad, ésta excita la fuerza física, y todo junto inicia, fomenta y prolonga la guerra civil. Era necesario, católicos, robustecer el concierto de la sociedad consigo misma, en su doble carácter de religiosa y política, haciéndola marchar segun el orden gerárquico de sus relaciones esenciales: era necesario buscar en Dios, no solamente al Autor de la Iglesia, sino tambien al Supremo Legislador de la sociedad: era necesario poner estos principios y todas sus consecuencias prácticas al nivel de la razon comun, para que, uniformada en todo lo que puede llamarse fundamental, marchara sin extravió ni tropiezo á sus grandes fines. Hé aquí lo que hizo la institucion católica en todos los pueblos. Acreditando su origen, su mision, su poder y sus prerogativas ante la razon con los motivos evidentes de credibilidad, no tuvo dificultad ninguna en reunir toda la creencia de los pueblos en un símbolo comun. Explicando este símbolo juntamente con el código de los deberes, y haciendo comprender sus consecuencias á todo el mundo, le fué fácil uniformar el sentido moral de los pueblos. Hecho esto, quedábale solo que procurar la conformidad entre las creencias, los sentimientos morales y la conducta, para impedir que los intereses y las pasiones esterilizaran la verdad y la lei en el fondo de la sociedad, y esto lo ha procurado y conseguido siempre con su ministerio. La unidad

católica, hace siempre tres cosas: en primer lugar, forma la razon comun en el sentido de la verdad; en segundo lugar, pone de acuerdo generalmente á todos sobre las reglas de las costumbres; en tercer lugar, gobierna de hecho las costumbres con la regla, estirpando los vicios y multiplicando las virtudes con la accion de su ministerio. Hé aquí la unidad social puesta de bulto, instituida por el mismo Jesucristo y conservada por la Iglesia.

Ahora bien, católicos: ¿qué mas necesita un pueblo para conservar el orden y la paz? ¿qué mas necesita México poner de su parte, para reconquistar unos bienes tan preciosos, que conservar su unidad religiosa? Nada. Esta unidad representa la de la doctrina, la de la regla, la de la conducta, y llena las condiciones que requiere la paz á los ojos del buen sentido y segun el oráculo de la Iglesia católica. En una de sus preces nos ha dado esta Maestra de la verdad y regla de la virtud toda la doctrina del orden y la paz. En ella supone que las causas generadoras de tan preciosos bienes han sido, son y serán siempre la santidad de los deseos, inspirada por la verdad católica, la rectitud de los consejos, garantida por la moral católica, la justicia de las obras, facilitada y conservada por el ministerio católico: advierte que estas fuentes vienen de Dios mismo, ó infiere de aquí que el mundo no puede dar la paz: mira los medios preciosos para conservarla cifrados en la consagracion del corazón á la lei divina, y deriva de aquí la tranquilidad de los tiempos. Este ha sido mi tema, como lo habéis visto, al explicar las condiciones de la paz, las causas de la guerra y los medios para conjurar ésta y restablecer aquella; y no he necesitado de otro para persuadir de que la unidad religiosa del pueblo es el medio mas á propósito para conseguir aquí el restablecimiento y la conservacion del orden y la paz.

Mucho podria deciros sobre esto, católicos; pero me queda una prueba que daros, fundada en la accion del racionalismo contra la sociedad; y como en ella tengo que manifestaros á éste constantemente opuesto al catolicismo, mi última prueba será tambien una confirmacion histórica y un desarrollo práctico de la que acabo de daros.

Ved, católicos, la marcha del racionalismo desde que el Renacimiento y la Reforma le dieron un acceso mas libre contra la Iglesia y sobre el Estado, contra la religion y sobre la sociedad, contra las creencias y sobre la razon comun: vedle cómo progresa, cómo hace servir á su pensamiento cuanto aparece de algun modo en oposicion con lo que hai de mas cierto, de mas justo y fuerte en todas las naciones: vedle asomar apénas la cabeza, cuando el protestantismo sin

abjurar todos los dogmas, sin reaccionar contra toda la creencia católica, y luchando al parecer dentro del mismo símbolo, se ocupaba solo en abolir la soberanía dogmática y moral de la Iglesia, en borrar el centro de la unidad y secularizar la institucion religiosa, sometiéndola íntegramente á la soberanía civil. Entónces el racionalismo no muestra todavía lo que es: campea con libertad en la literatura y en las ciencias, reacciona con cierta osadía sobre la política; pero no se desdén de ocupar un lugar subalterno en la controversia, seguro como lo estaba de no hallarse lejos el día en que levantaria su trono sobre las ruinas y con los materiales de todas las herejías y de toda la reforma.

Mas llegada su época, nada dejó por combatir: todo fué negado sin pudor, atacado sin tregua, perseguido sin cuartel: sana filosofía, ideas de Dios, origen del hombre, relaciones de ambos seres, lei natural, y por supuesto, revelacion, Iglesia, culto, ministerio, y á igual paso, todos los fundamentos de las instituciones políticas, todas las partes constitutivas del cuerpo social, todos los elementos del orden, todas las bases del derecho, todos los fueros del poder: en fin, cuanto hasta allí se habia conservado en el mundo sobre las bases de la sana filosofía, de la historia, de la moral, de la religion y de la justicia.

En vano el catolicismo desconcertó completamente, rindió y avalló del todo á este adversario, el mas fuerte que le habia combatido desde los tiempos de Arrio: porque el mismo cansancio de la lucha, el mismo sentimiento de la derrota trajo consigo una arma nueva que, colocada en frente de la institucion católica, le oponia, no ya la duda metódica, la discusion razonada, el escepticismo histórico, el sofisma, la impostura, el poder material armado contra ella para esterminarla, sino una fuerza, la mayor que se conoce, una fuerza sin vida pero inaccesible, la inercia del espíritu, peor todavía que la de los cuerpos, la indiferencia religiosa, veneno mortífero que obstruye la fuente de las ideas, el manantial de los sentimientos, que mata la vida intelectual y moral de la sociedad. Mas esta oposicion, diestramente calculada, no podia durar mucho: porque la sociedad en sus masas, incapaz de contagiarse generalmente con semejante lepra, y en contacto con un ministerio que habia sacado á todo un mundo de los abismos de la muerte, empezó á sentir los efectos de su accion intelectual y moral, al paso que el racionalismo la necesidad imperiosa de una táctica nueva.

Incapaz empero de obrar sobre la institucion católica con una fuerza bien combinada, porque fuera del catolicismo no hai unidad, se dividió al renovar la lucha, presentándose como siempre, aunque

con faces nuevas, prodigiosamente variado y contradictorio. ¿Quién podría enumerar, católicos, sus escuelas, sus sistemas, sus teorías, sus batallas, dentro y fuera del círculo de la sociedad católica? Sería necesario escribir un libro. Pero si os diré que sintiendo muy debilitada su acción sobre la sociedad á medida que multiplicaba sus teorías, y sufriendo una derrota popular á fuerza de ser ininteligible, voló despechado á otra parte, abandonando la metafísica, la filosofía especulativa, la controversia y casi todas sus disputas, para situar su campo en el órden puramente material, eliminando de su acción, sin decirlo, todo elemento espiritual, todo principio religioso, todo sentimiento moral. He aquí la última faz de la lucha entre el racionalismo y el catolicismo: veamos sus rasgos principales, estudiemos sus primeras consecuencias, y procuremos columbrar siquiera sus últimos resultados.

El catolicismo, hermanos míos, jamás ha desconocido la importancia de los intereses puramente materiales; pero legitimándolos con la justicia, concertándolos con los intereses morales y siempre subordinándolos á ellos, ha puesto en armonía los bienes de la tierra con los bienes del cielo. Su tema es este, dado por el mismo Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas," es decir, los bienes terrenos, "se os darán por añadidura." Todo en la escuela católica se dirige al último fin, á la felicidad eterna: *Querite primum regnum Dei*: todo se norma por la justicia, porque fuera de ella no hai camino para el cielo: *et justitiam ejus*: y de ambas cosas viene lo demás: *et hæc omnia adjiciuntur vobis*. Veis aquí en primer término á la religión, en segundo á la moral, y en tercero el órden material como un hecho de consecuencia cuando reinan sobre un pueblo la religión y la justicia.

Mas el racionalismo no solo invierte sino que destruye absolutamente este órden. La simple inversion es el pecado; la destruccion es la negacion de Dios, la negacion de la lei, la negacion de la virtud, la negacion del espíritu. El racionalismo, derrotado muchas veces en sus antiguos combates, lucha hoy vigorosamente con el tema del interes puramente material. Vedle poniendo este interes al frente de todos los que mueven á un pueblo, buscar en sus progresos las condiciones de la prosperidad pública, oponerle á todo lo que no es él: enemigo intransigible, que llegado á la última jornada, se muestra sin disfraz y conspira contra todo. En las ciencias no hai otras para él sino las que analizan la materia: de los elementos sociales no admite sino aquellos que desarrollan la vida física: señala, no ya como principales, sino como únicos, entre los grandes objetos que deben reconcentrar todo el movimiento social,

la riqueza, el progreso material, la industria, el comercio, &c., &c.; y con arreglo á estos principios, acusa de retrógradas aquellas instituciones que deben su perfeccion al cristianismo, deja caer sobre la moral social una sonrisa irónica, y se burla estrepitosamente de Dios, del espíritu y la religion.

¿Cuáles son sus frutos? Por ellos conoceréis el árbol, siguiendo la regla de Jesucristo. Este divino Maestro, fundando la Iglesia como tipo y custodia de una sociedad perfecta, la rige por la autoridad, obra sobre las creencias, gobierna la conducta con su lei divina, desarrolla una acción permanente sobre el espíritu con la sancion de esta lei, dirige la conciencia del individuo con el ministerio que instituye, dando á la voluntad incrementos de poder y de fuerza con la dispensacion de su gracia, establece y conserva la verdadera fraternidad humana, cosa imposible sin él, y representa, por último, en la santidad, en este carácter que reconcentra todas las fuerzas morales, que es la perfeccion cristiana y el heroismo en toda su grandeza, el resultado final de su institucion, de su lei, de su ministerio y de su acción sobre el hombre durante la vida humana. Inscribe la pobreza del espíritu al frente de los títulos que garantizan la eterna felicidad, y con solo esto dignifica la riqueza, moralizándola y haciéndola servir á las necesidades del pobre, y saca de su abyeccion á la miseria, rodeando la pobreza con la magestad de la gloria. La mansedumbre representa una fuerza muy superior á la ira, modera el carácter y concierta en la lei la fuerza física con la fuerza moral. Estas grandes ideas, lejos de quedar en la esfera de simples especulaciones, han impreso en el curso de los siglos mil huellas materiales que recuerdan la marcha de la religion con la moral. No hai uno solo de los bienes naturales, que han atraído constantemente al hombre desde el principio del mundo, que el catolicismo no haya producido en abundancia magnífica y sin la mas leve contaminacion del vicio. Si á esta grande institucion le pedís ciencias, ella os hará ver que todas en su mas alta perfeccion han salido de su seno: si le pedís artes, encadenará vuestra admiracion con solo señalar sus mas ilustres monumentos: si le pedís consuelos para la humanidad atribulada, ella se os mostrará como la madre de los huérfanos, de los pobres, de todos los miserables, de cuantos han clamado en vano, fuera de ella, por el alivio, el consuelo y la tranquilidad en el curso de diez y nueve siglos. Ahora bien, católicos: ¿qué ha opuesto el racionalismo á la fuerte unidad de la institucion católica? la perdurable anarquía de la ciencia humana cuando se emancipa del cielo. ¿Con qué ha reemplazado la pobreza del espíritu, que dignifica el infortunio y

abre á la menesterosa humanidad las arcas del poderoso? con levantar la riqueza al rango de primer poder social, desarrollando su accion á la par sobre los poderes públicos, á quienes humilla, y sobre las clases menesterosas, á quienes oprime; y cuando ve salir de su teoría una horrible antítesis de pueblos hambrientos frente á individualidades poderosas, asustado de su propia obra, deja correr una nueva teoría que tarde ó temprano hará su explosion sobre el Estado: el *socialismo*, católicos, que es la miseria despojada de la moral y armada con la filosofía incrédula contra la propiedad.

¿Qué ha opuesto el racionalismo á la liberalidad cristiana, despues de haberla combatido y casi aniquilado, á esta virtud fecunda, incansable, constante, que ha venido haciendo servir tesoros cuantiosísimos á las necesidades del género humano? la avaricia con su código frio, su nata dureza, su indiferencia mortal; pero elevada la riqueza hasta el rango de un poder supremo, la avaricia debía ser, por lei de consecuencia forzosa, el medio de levantarse á este poder. ¿Qué ha puesto el racionalismo en lugar de aquellos torcedores felices de la gracia, de aquellos remordimientos preciosos, que mas de una vez habian ablandado el corazon de los poderosos? Una falsa conciencia, una falsa razon, una falsa moral: un código nuevo arreglado á este sistema de medios y de fines, reemplazó al antiguo código: el Decálogo, lei moral de todos los hombres, ha quedado en la clase de un monumento histórico, y cuando mejor ha salido en el órden práctico, si es que alguna vez se le invoca, es apareciendo al revés. Estudiad, católicos, esos fenómenos morales y políticos que sirven para caracterizar eso que se llama conciencia pública: ¿qué verdad os enseñan? ¿cuál es el carácter dominante que os des- cubren en la sociedad? ¿Cuál es la suerte que ha corrido la lei de Dios en nuestro siglo? Este código supremo, sancionado con una felicidad y una desgracia eternas, está hoi profundamente desconocido, y sobre todo, absolutamente desconcertado. ¿Cosa admirable! su primer precepto importa el amor de Dios sobre todas las cosas, y el último la prohibieion general aún de codiciar las cosas ajenas: mas hoi el primero ha pasado á ser el último, y el último subido al rango de primero. Las riquezas, los intereses materiales han sido elevados á la primera categoría en la moral facticia de nuestros tiempos. "No robarás, no codiciarás lo ajeno:" he aquí el artículo primero que el racionalismo propone á las clases poderosas. "Amarás á Dios sobre todas las cosas:" he aquí la última prescripcion que esta secta insidiosa les deja, como para entretener sus ocios y divertirse, persuadida como lo está, de que basta dislocarla para destruirla.

He aquí, católicos, la obra completa del racionalismo. ¿Queréis ver la filiacion de sus progresos? ¿queréis visitar su campo? ¿queréis descubrir el secreto de su accion sobre el individuo y la sociedad? Ved lo que establece y lo que conquista, lo que destruye y lo que robustece, su accion sobre todos los siglos pasados, y sus fuertes impulsos hácia el porvenir.

¿Qué encontró en la tierra? la institucion católica concertando en una doctrina y una moral comun la marcha de la Iglesia y el Estado. ¿Qué puso en su lugar? la razon como primer poder intelectual, la voluntad como primer poder social, el interes como primer poder político. ¿Qué consiguió con esto? destruir la unidad religiosa, concluir con la undida moral, romper los vínculos sociales, desmontar el Estado. ¿Qué encontró en el mundo? Un concierto divino instituido por Jesucrito y conservado por la Iglesia entre la riqueza y la miseria, que ha bastado para salvar á ésta durante la carrera de diez ocho siglos. ¿Qué puso en su lugar? un vicio y una palabra; la *avaricia* y la *filantropía*: y como no pudiese contrarrestar con una palabra estéril el movimiento de la miseria pública, inauguró el *socialismo*, última plaga, que si no se contiene por una reaccion completa de la moral católica, debe acabar con todo. ¿Qué encontró en las costumbres? El criterio de la conciencia regida por la lei divina. ¿Qué puso en su lugar? una conciencia falsa tranquilizada con el artificioso medio de invertir el órden de los deberes.

Ahora bien, católicos: tenéis á vuestra vista los dos campos: el de la razon filosófica emancipada del cielo, y el de la razon católica inundando en un torrente de luz á la tierra; el de la pobreza de espíritu brindando con la felicidad, y el de la riqueza sustituyendo al poder; el de la limosna santificando al rico en favor de la humanidad menesterosa, y el de la avaricia reconcentrando todas las facultades y sirviendo á la ambicion; el de la conciencia moral gobernando la conducta y produciendo la santidad, y el de la conciencia filosófica combinando la lei al capricho de la razon para sofocar los remordimientos. La lucha, católicos, en último resultado se ha reducido á esto: la razon contra la fe, la naturaleza contra la gracia, la carne contra el espíritu, los intereses morales que establecen las condiciones, garantizan el derecho y reglan el uso de los bienes terrenos, contra los intereses materiales que, despedazando todo código, sacudiendo toda traba, se enseñorean de toda la sociedad; los sentimientos, que estrechan á toda la sociedad con los vínculos del amor, contra el cálculo frio, que de nada se afecta, y resuelve aritméticamente las cuestiones sociales, las cuestiones políticas, las

cuestiones internacionales, que mide por la suma invertida y utilizada los esterminios de la guerra y la sangre de los pueblos, y justifica ó condena los grandes hechos sociales por la alta y baja representada en las cifras numéricas; las virtudes morales, fuente de las virtudes sociales, cuyo poder ha producido el heroísmo, contra la indiferencia religiosa y política, que ha cerrado el corazón para Dios y la patria: por último, la fuerza poderosa de la verdad, la virtud y la felicidad sosteniendo la unidad de un pueblo, contra la fuerza material, cuya última faz política se reconcentra en el individuo, debilitando proporcionalmente á la sociedad. ¿Cuál es la última sinopsis de la secta de nuestros días? La triple muerte del espíritu religioso, de la moral social y del patriotismo.

Seria necesario, católicos, escribir mucho para desarrollar estos conceptos: la historia de tres siglos, en Europa, y de algunos lustros en América suministra una prueba tristísima de esta verdad.

“Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la religión, resuenan todavía, dice un escritor, hasta las riberas de la América, y hasta lo interior de sus bosques ensangrentados. Si, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como nunca jamás lo fueron. ¿Pero se han corregido? ¡Ay! donde quiera que vuelvo los ojos, veo al rededor de mí la rebelión escrita en las frentes, señaladas por el rayo de las divinas venganzas: si aplico el oído, escucho blasfemias altaneras y rizas mofadoras. Dios es todavía un objeto de escándalo para los que habían jurado aniquilarle; y guardáos de pensar que hayan perdido la esperanza ni abandonado el designio de destronarle. Si queda todavía, si subsiste aún un resto de fe, si la tierra es aún esclava de la esperanza, solo es, dicen, porque se ha atacado mal al cielo.”

¡Cuán grato fuera para mí, católicos, al ponderar la necesidad que tenemos de conservarnos á toda costa en la unidad religiosa, como el fundamento del orden y la paz, al pintaros los desastres horribles causados en el mundo por los enemigos de la Iglesia, al mostraros ese campo de ruinas amontonadas en todas partes por la filosofía incrédula, esa parálisis moral, ese mortal desconcierto causado por el racionalismo en Europa, hablar en un pueblo sano y salvo de tantos males, exento y libre de la inmensa contaminación, inmune todavía de esa lepra que corroe las viejas sociedades! Pero no es así por desgracia: el mal nos contagiaba mucho antes de conocerle. Pudimos haberle conjurado á su tiempo con solo haber sido menos ligeros y mas sensatos: pero le dejámos venir con imprudencia, le aceptámos con increíble temeridad. La Iglesia,

nuestra madre, siempre alerta para conjurarle ántes de que arraigase, fué la primera en dar á nuestros mayores la voz de alarma cuando esa filosofía bastarda que habia poblado de ruinas al viejo mundo, venia dando grandes pasos hácia nosotros para seducirnos y perdernos. Léjos de faltar aquí aquella maestra de la verdad á la noble mision que habia desempeñado en el mundo por mas de diez y ocho siglos, nos advirtió que debíamos huir horrorizados, como de un veneno mortífero, de esa mentida ciencia, que perdió á la humanidad en su cuna y ha perdido á tantas naciones ilustres. Mas nosotros, fastidiados de vivir seguros y de ser felices, fascinados por el hermoso aspecto y delicado sabor de la nueva fruta, la comimos para nuestra desdicha, abandonámos el árbol de la vida por el árbol de la ciencia; y pocos años fueron bastantes para que el tósigo fatal hiciése aquí casi todos los estragos que habia causado por mas de dos siglos en Europa. ¡Insensatos! Cuando este genio del mal andaba como vergonzante, de incógnito, y ni aun en los tenebrosos clubs habia osado manifestar su rostro y abrir su corazón, le buscábamos con curiosa solicitud y le defendíamos con calor: hoy se pasea descarado y atrevido por entre nosotros, y apenas despierta nuestra atención. La verdad católica parece haber ido retrocediendo á medida que nuestra vanidosa razón, bien avenida con los errores dominantes, los deja circular sin alarma, y aun sin extrañeza. Entre tanto, las máximas del Evangelio despreciadas, las virtudes desconocidas, la conciencia relajada, los vicios dominantes trayendo consigo la muerte de todos los sentimientos, parecen anunciar que no está muy léjos el día en que acabarán juntas aquí, tal vez para siempre, la religión y la nacionalidad.

¿Dónde está, católicos, la magnífica realidad figurada en el pabellón mexicano? ¿Dónde está la paz con Dios, la paz con nosotros mismos, que á par con nuestra independencia representaba esta bandera en su triple color á la faz del Universo? ¿Qué suerte han corrido entre nosotros las creencias católicas y los sentimientos morales? ¿Dónde está hoy el espléndido y magestuoso culto de nuestras basílicas, y la moral severa de nuestros progenitores? ¿Dónde aquella cautelosa reserva contra los malos libros, las opiniones falsas y las máximas licenciosas? ¿Han encontrado acaso cerradas nuestras puertas, al cruzar el Atlántico, la propaganda cismática, la filosofía incrédula, la falsa política, el racionalismo ateo, el socialismo exterminador? ¿Está consagrada hoy en el respeto de todos la constitucion religiosa y la inmunidad sagrada de la familia? ¿El Señor nuestro Dios es aquí generalmente aclamado y obedecido como la fuente única del poder, como el primer objeto de los

deberés individuales y sociales? ¿El honor de su Nombre Santo, el celo de su gloria, la magestad de su culto, son los objetos que dominan por entero nuestro corazón? ¿Su divina lei es hoy la pauta que arregla nuestros consejos, la justicia de su moral es el distintivo de nuestras obras? ¿La vida, la honra, la propiedad, son hoy dia objetos garantidos, no solo por las leyes, sino tambien por las costumbres...? ¡Ah, católicos! No seré yo quien responda á estas preguntas. Apenas me permiten hacerlas esos promontorios de ruinas con que tropiezan por donde quiera nuestros ojos, ese cúmulo inmenso de males y miserias que han trasformado en una casa de luto á toda la nacion, esos hondos y lastimeros gemidos que dia por dia y hora por hora hieren y despedazan nuestro corazón, este campo vastísimo de lágrimas y sangre que habitan temblando los hijos de la bella y deliciosa México.

¡Gran Dios, que regís con vara de hierro y desbaratáis como una vasija de barro á los pueblos insensatos que sacuden el suave yugo de vuestra lei; que dais lecciones terribles á los reyes, príncipes y magnates, conjurados contra Vos; que con una sonrisa de vuestra ira lanzáis á la burla y universal desprecio los planes tenebrosos y los proyectos vanos de los pensadores del siglo, confabulados contra vuestra Esposa; que guardáis en los tesoros de vuestra indignacion esas tinieblas impenetrables, esas plagas diversas y terribles que atormentan y pierden á las naciones cuando con sus crímenes han cansado vuestra paciencia! Vos nos castigáis justamente, Señor, por los pecados de nuestros padres, y tambien por los nuestros, con todas las calamidades y miserias que pueden acibarar la vida de un pueblo. Gemimos inclinados bajo el peso de una inmensa y merecida tribulacion. Pródigos inexcusables ante vuestra recta justicia, hemos colmado la medida de los crímenes despues de haber arrojado al fango vuestros grandes beneficios y abundantes gracias! Pero, Señor, Vos sois, no solo un Dios de justicia, sino tambien un Padre de misericordia: no hai delito irremisible para el infinito amor que tenéis á vuestros hijos: castigáis á los pueblos incorregibles; pero perdonáis tambien á las naciones penitentes, que claman á vos llenas de fe, interesando en favor suyo vuestra clemencia. Nínive delinciente, sentenciada y colocada ya bajo la cuchilla exterminadora de vuestra justicia, desarmó vuestro brazo, moviendo vuestra misericordia, y reconquistó vuestro amor con su penitencia sublime. ¿Desesperará México de conovoveros en los momentos en que, reconociendo y confesando sus pecados, derrama copiosas lágrimas á vuestros piés? ¿Desesperará, digo, cuando tiene de su parte, no solamente vuestra clemencia, sino tambien la tierna proteccion de

María? ¿Desesperará esta nacion favorecida tan singularmente por el amor de tan piadosa Madre, que si ha elegido este suelo por residencia suya, es sin duda para no abandonarle?

¡No, Dios mio, no! ¡nunca desaparecerá la esperanza de nuestro espíritu y nuestro corazón! Vos habéis prometido escuchar la oracion humilde y acordar los beneficios que se os pidan con fe, constancia y solicitud; y nosotros, con la confianza que nos inspira esta promesa, clamamos á Vos por el remedio de tantos males, por la cesacion de esta guerra desoladora, por el retorno de esa paz anhelada, que cada dia parece retirarse mas y mas de los horizontes de la esperanza; de esa paz que del mundo no puede venir, pero que reaparecerá sin duda, como el sol despues de la tempestad, al sublime *fiat* de vuestra voluntad omnipotente: *fiat pax in virtute tua*.

Mui tristemente aleccionados en la escuela de la desgracia, instruidos á pesar nuestro por las experiencias mas costosas y los mas crueles desengaños, hemos apartado nuestra esperanza de todo lo que no sois Vos: porque si ha de volver á México la deseada paz, esto será, no por la fuerza de las armas, cuyo éxito nunca deja de ser dudoso y cuyos resultados son precarios, no por las combinaciones políticas de intereses, que de ordinario no son sino las treguas de las pasiones; sino solo por el poder irresistible de vuestro brazo, por la eficacia infinita de vuestro querer: *fiat pax in virtute tua*.

Venga, pues, ¡oh Dios mio! este precioso don sobre todos nosotros: sobre la Iglesia desolada, sobre el Estado roto y deshecho á los reiterados polpes de la anarquía, sobre esta sociedad, cubierta de heridas, agotada de sangre y henchida de miserias: *fiat pax in virtute tua*.

Enviad, Señor, á nosotros esas gracias preventivas que disponen el corazón, esas gracias eficaces que deciden la voluntad, esas gracias permanentes que conservan el concierto y armonía con vos, consigo y los demas en los individuos y en los pueblos: la santidad de los deseos, la rectitud de los consejos y la justicia de las obras, que previenen, realizan y perpetúan la paz en la tierra: *fiat pax in virtute tua*.

Apiadáos, oh Padre, de esta nacion infeliz, penetrada de dolor, víctima de todas las desgracias, que desfallece consumida en el lecho de la muerte. Mirad cómo la persiguen todas las plagas desoladoras, y cómo el hambre espera para devorar á las víctimas escapadas de la guerra. Compadeceós, Señor, de nosotros: enviadnos el remedio universal que nuestros males piden: paz, que restituya los bienes perdidos por la guerra, y alimento abundante, que salve

de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han trasformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos ¡oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos remordimientos; excitad la contricción mas punzante y viva en nuestras almas, para que, llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa lei, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansion de la ventura y residencia de la gloria.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS.

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA

EN LA SOLEMNE FUNCION
QUE SE HIZO EL 20 DE JUNIO DE 1860, CON MOTIVO
DEL REGRESO DE N. S. P. PIO IX A ROMA.

*Gloria in altissimis Deo, et in terra pax
hominibus.*

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos,
y paz á los hombres en la tierra.

Luc. cap. II v. 14.

CATÓLICOS:

YA comprenderéis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar el tema sagrado que ha de dirigir mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la expresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar, en los trasportes de un excelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¡Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el órden de los acontecimientos humanos fá-